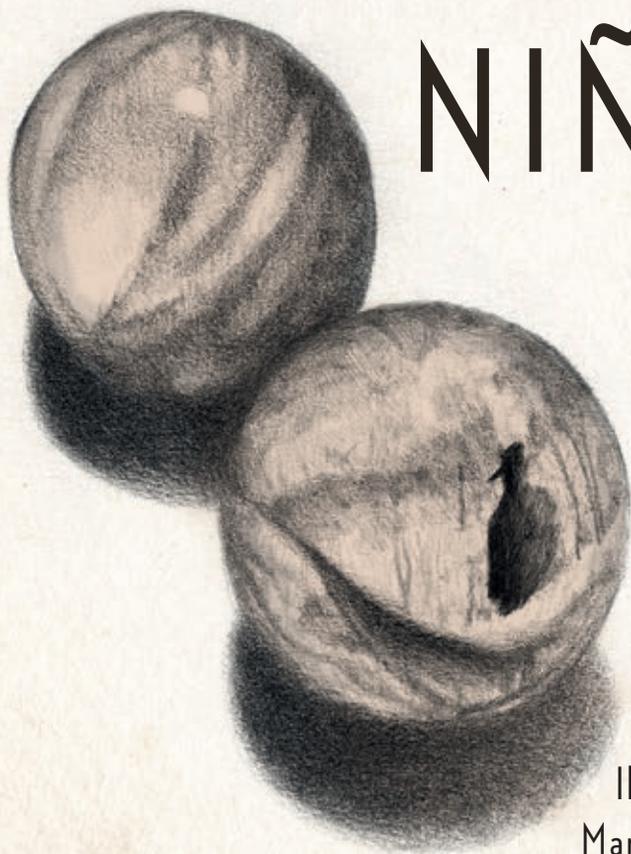


Antonio Muñoz Molina

EL
MIEDO
DE LOS
NIÑOS



Ilustraciones de
María Rosa Aránega

Seix Barral

Antonio Muñoz Molina

EL
MIEDO
DE LOS
NIÑOS

Ilustraciones de
María Rosa Aránega

Seix Barral

© Antonio Muñoz Molina, 2011
© Editorial Planeta, S. A., 2011, 2020
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

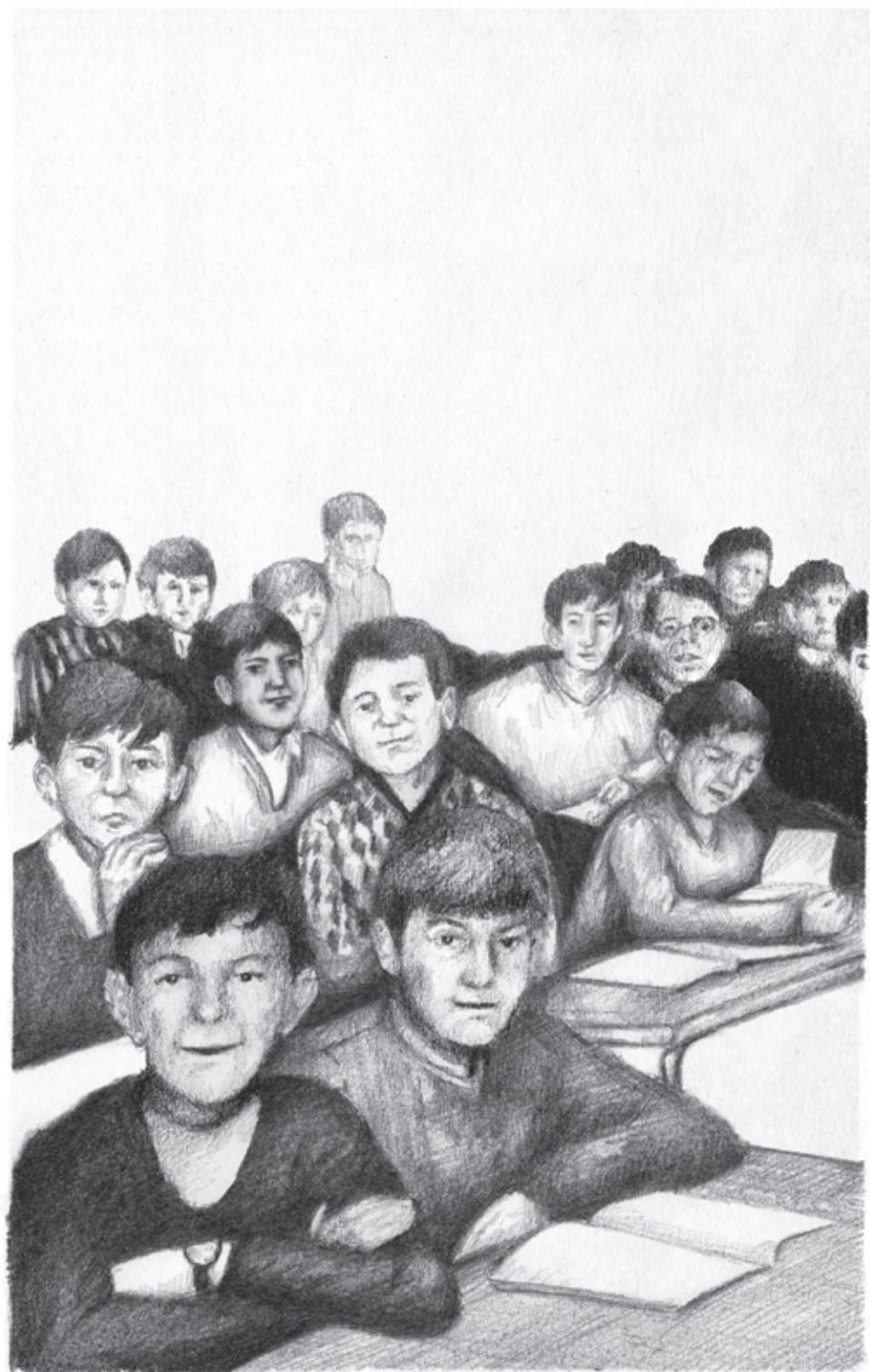
Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de las ilustraciones de la cubierta y el interior, María Rosa Aránega Navarro

Primera edición: noviembre de 2020
ISBN: 978-84-322-3727-0
Depósito legal: B. 18.470-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Fue su primo Bernardo quien le dijo a Esteban que habían vuelto los tísicos. Estaban sentados en el pupitre que compartían siempre, por la tarde, cuando ya anochecía, después del rosario, en la hora de las permanencias, cuando don Florentín daba la orden de quedarse callados y ponerse a repasar o a terminar los deberes para el día siguiente. La hora de las permanencias era de estudio en silencio. En los ventanales que daban a los campos de deportes y los patios de juegos ya casi borrados por la noche se reflejaba idéntica el aula con sus hileras de pupitres y sus luces fluorescentes. Bernardo escribía con la cabeza inclinada y muy cerca del papel, apoyándose en el codo como en una almohada, pinzando el lápiz entre el pulgar y el índice, con aquella especie de intensidad táctil que había siempre en

sus dedos. En esa posición, y mientras el lápiz rozaba la hoja de la libreta, Bernardo le habló a su primo Esteban al oído, muy bajo para no alertar a don Florentín, respirando fuerte por la nariz, como siempre que se ponía muy nervioso al contar algo. Durante el recreo un niño de un curso superior se lo había dicho, lo había visto con sus propios ojos: en la calle Pastores o en la calle Narváez ese niño pasaba por la acera junto a una furgoneta grande que estaba parada con el motor en marcha y el conductor, hablando con un acento forastero, le había preguntado algo, si sabía por dónde se iba a la Fundición. El niño iba a contestarle cuando vio que detrás del hombre, en la cabina de la furgoneta, había una botella de cristal tan grande como una cántara de leche que estaba llena de sangre. La sangre era muy roja, y tenía espuma en lo alto, dijo Bernardo, como la leche cuando está recién ordeñada.

—Y además el conductor llevaba una bata blanca y uno de esos espejos redondos que se atan los médicos a la frente con una goma.

—Pues sería un médico —murmuró Esteban en el oído de su primo.

—Era un tísico —dijo Bernardo—. Estaba muy pálido. Y sacó la mano por la ventanilla y agarró a ese niño por el cuello del mandil. Él echó a correr y el tísico se quedó con el cuello en la mano. Ahora cuando salgamos te llevo a que hables con ese niño y verás que no lleva puesto el cuello.

Bernardo estaba siempre dando detalles y ofreciendo pruebas y testimonios de las cosas que contaba: él mismo y Esteban habían visto un coche de los tísicos el año anterior, por esa misma época, cuando hacía frío por la tarde y empezaba a anochecer mucho antes, cuando en la hora de las permanencias las luces blancas del aula ya tenían que estar encendidas. El coche estaba parado en la esquina de una de las calles cercanas a la escuela que iban a terminar en el campo. En la escuela, durante todo el día, en los corrillos del recreo y luego en el aula, en esos minutos en los que todo el mundo estaba ya en su pupitre y don Florentín aún no había llegado, se habían estado contando novedades sobre la llegada de los tísicos. Los tísicos venían de sanatorios en la Sierra en los que necesitaban transfusiones de sangre fresca para curarse y hasta para mante-



nerse vivos. Eran sanatorios secretos, en los que solo admitían a gente de muchísimo dinero, y en los que trabajaban médicos y enfermeros que recorrían toda la provincia en sus camionetas o sus coches camuflados buscando sangre de manera incesante. También había mujeres tísicas, y esas eran las más peligrosas, porque los niños confiaban más fácilmente en ellas. Mujeres con las caras muy blancas, decía Bernardo con una vehemencia que resaltaba su propia palidez, con los labios pintados de un rojo muy fuerte, a veces vestidas de negro, como de luto, con velos de ir a misa sobre los ojos, con uñas muy rojas en las manos que abrían los bolsos y sacaban de ellos caramelos o bombones o lápices de colores para ofrecérselos a los niños incautos, los niños que habrían desconfiado de un hombre.

De pronto todo el mundo recordaba algo, o caía en la cuenta de que había visto algo, detalles enigmáticos que ahora cobraban sentido, y que daban un escalofrío de miedo y también de gusto en la nuca, sobre todo cuando los contaba alguien que lo había visto con sus propios ojos, o, con mucha mayor frecuencia, que se lo había es-

cuchado a alguien que lo había visto. A la puerta del mercado de abastos el guarda de noche había visto un gran saco abandonado, probablemente olvidado por algún hortelano. Parecía un saco lleno de coliflores, por los bultos que formaban en la tela, pero al abrirlo el guarda vio que lo que contenía eran cabezas cortadas de niños. Las cabezas no chorreaban sangre porque los tísicos la habían extraído toda antes de cortarlas. Del hospital de Santiago habían desaparecido de la noche a la mañana varias damajuanas llenas de sangre para las transfusiones, y los enfermos que habrían debido recibirlas ahora agonizaban sin esperanza. Un niño de otra escuela pasaba cerca de la iglesia de Santa María a la hora del final de la última misa y una mujer con un velo le había dicho que se acercara para ayudarle a buscar un broche que se le había caído en las losas del claustro. El niño entró y la puerta se cerró tras él y a la mañana siguiente lo encontraron muerto y sin sangre en un trastero de la sacristía donde el párroco guardaba muebles y cuadros viejos.

En esa época aún circulaban muy pocos coches por las calles. La mayor parte eran viejos y negros.

Un coche desconocido, parado en una acera o en una plazuela, más allá de cualquiera de las esquinas que terminaban de noche en la oscuridad y en el campo, llamaba siempre la atención. En el barrio del Alcázar, justo encima de la muralla, donde la mayor parte de los niños no iban a la escuela y tenían sarna o tiña en las cabezas rapadas, un grupo de los más revoltosos habían decidido forzar la cerradura del remolque de una furgoneta dejada allí por algún forastero incauto. ¿Y sabes lo que encontraron? —le dijo a Esteban su primo Bernardo—: una fila de cinco niños que parecían dormidos, uno al lado del otro, los cinco con los ojos abiertos, los cinco muertos y con la sangre chupada, y frente a ellos, a lo largo de los tablo- nes del remolque, cinco garrafas de cristal llenas de sangre, con etiquetas, con los nombres de cada uno de los tísicos que aguardaban en un sanatorio de la Sierra para beberse esa sangre.

—Y acuérdate del coche que vimos nosotros el año pasado —dijo Bernardo, ya enredado en su propia madeja de historias.

—Pero no vimos nada dentro. Nos asomamos a la ventanilla y no había nada.

—Me asomé yo, primo, a ti te daba miedo.

A Esteban le daba miedo acordarse ahora. Habían salido de la escuela y ya era noche cerrada y hacía frío. Al abrirse las grandes verjas de la escuela la multitud de niños que acababan de romper filas estallaba en un clamor de carreras y gritos, inundando las calles contiguas con el azul marino de sus mandiles de uniforme, con las manchas blancas de los cuellos y los puños postizos. Corrían en bandadas, jugaban al fútbol con cualquier cosa, con bidones de plástico o con bolas de trapos, echaban carreras para alejarse de la escuela lo más pronto posible, se daban codazos o sardinetas y se perseguían jugando a que galopaban por las praderas del Oeste, cada jinete imaginario azotándose el culo como si fuera la grupa del caballo. A Esteban le daba envidia aquel barullo pero no podía unirse a él. Cada día iba a la escuela y volvía de ella con su primo Bernardo, que andaba muy despacio porque llevaba en la pierna izquierda un aparato ortopédico sujeto con tornillos a una bota de suela gruesa. La cara de Bernardo era redonda y su pierna derecha robusta y rolliza, pero la izquierda era como

un palo quebradizo y muy pálido entre las dos barras metálicas que la entablillaban.

La madre de Esteban decía que a Bernardo cuando era muy chico le había dado un parálisis. A Bernardo la palabra parálisis no le gustaba: él lo que había tenido era la polio. Algunas veces apretaba los párpados con el esfuerzo de acordarse bien de una palabra muy larga y tomaba aire por la nariz antes de repetir una por una y sin equivocarse todas las sílabas: poliomielititis. No sin satisfacción Bernardo aseguraba que poliomielititis es una de las palabras más largas que existen. Quizás por el entrenamiento de repetirla era el único de toda la clase que decía de una sola vez y sin tropiezo el nombre de aquel rey de la Historia Sagrada: Nabucodonosor. Arrastraba sin quejarse su pierna enferma y especulaba sobre los progresos médicos que en un futuro no muy cercano pero tampoco desoladoramente remoto le permitirían librarse de aquella prótesis y correr y jugar como todo el mundo: «Primo —decía, haciendo cuentas con los dedos—, el año que viene no; el siguiente, tampoco; el siguiente, tampoco; el siguiente,

tampoco; el siguiente, me hacen otra operación y me quitan los hierros».

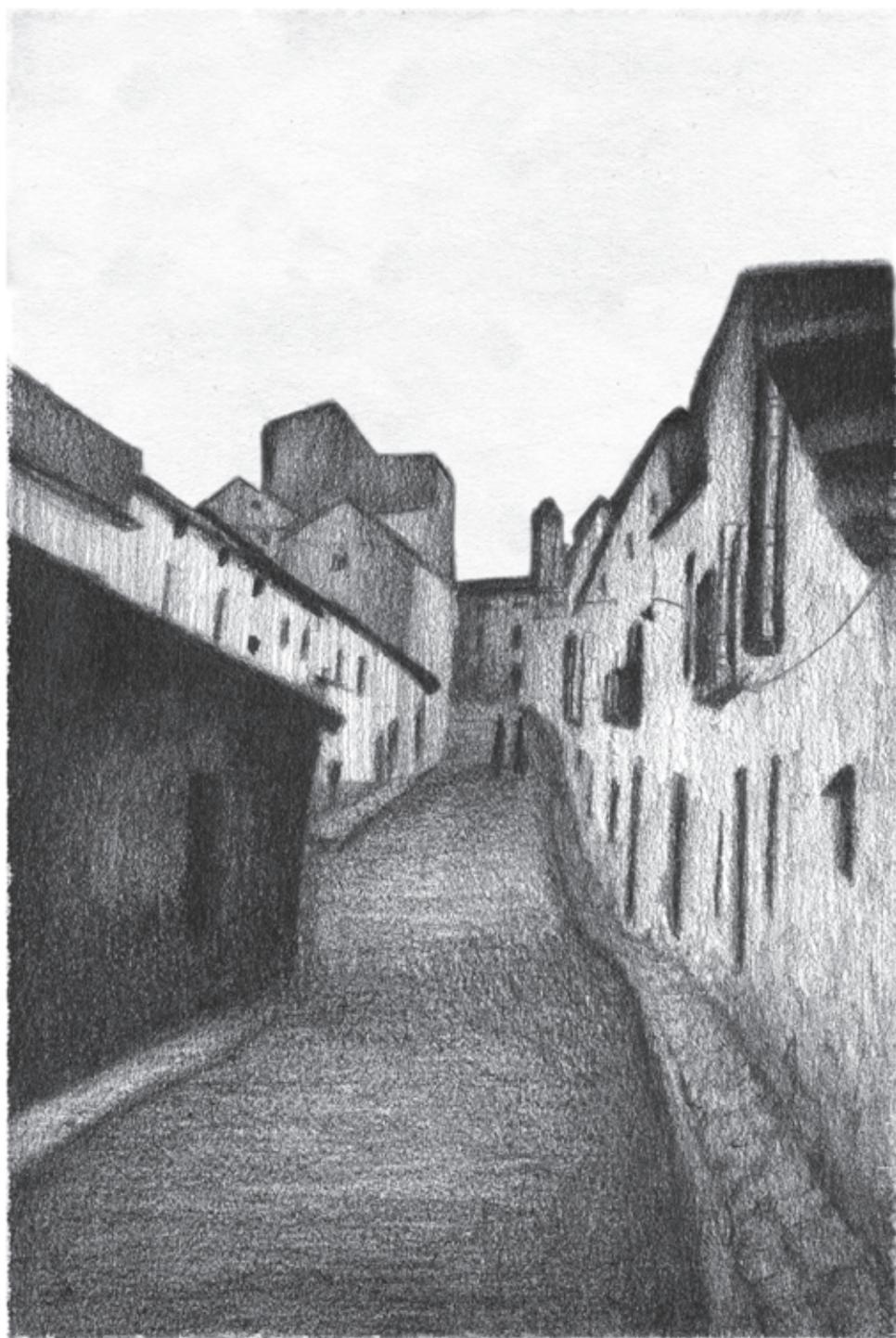
Bajaban todos los alumnos en filas a la hora de salida por los patios de recreo y la zona de los talleres, vigilados por los maestros, y Esteban y Bernardo siempre iban juntos, al final de todo, porque Bernardo andaba dando cojetadas, la pierna izquierda tiesa con su gran zapato y aquel ruido de hierros, ágil a pesar de su dificultad, solo que algo más lento, con la cartera a la espalda, concentrado en sus movimientos, quejoso en seguida si Esteban lo dejaba atrás. Y cuando las filas paralelas llegaban a la verja que acababa de abrirse y el orden quedaba desbaratado en aquella inundación de mandiles azules y cuellos y puños blancos, los únicos que no se alejaban a toda velocidad de la escuela eran ellos dos, los dos primos segundos, Bernardo atento al esfuerzo de dar un paso y luego otro, con aquel ruido de hebillas y articulaciones metálicas, y Esteban caminando a su lado y mirando con algo de envidia a los otros, los que corrían y se empujaban, los que perseguían una pelota o se derribaban contra el suelo. Algo de envidia, pero no mucha

en realidad, porque no era de los más audaces ni de los más rápidos; impaciencia más bien, porque en cuanto sin darse cuenta aceleraba un poco el paso, Bernardo, mandón a su manera, lo llamaba para no quedarse rezagado.

—Primo, nosotros a pasico muerto.

Porque iban más despacio que los otros se quedaban solos en la plazoleta delante de la escuela y volvían a casa por calles vacías de niños, en las que tampoco había mucha más gente cuando a la hora de salida ya era de noche. Esa vez que a Esteban le daba tanto miedo recordar hacía ya varios días que circulaban de nuevo las historias de los tísicos, que quizás regresaban estacionalmente, con las noches adelantadas de mediados de octubre, como regresaban los villancicos en vísperas de Navidad, los juegos de tambores y trompetas para Semana Santa, los cromos de futbolistas un poco antes del comienzo de la Liga. Esteban y Bernardo caminaban por la calle recta y larga que terminaba al fondo en el cuartel, la Dieciocho de Julio, callados, Bernar-

do con la cabeza baja y concentrado en lo suyo, Esteban procurando no avivar el paso y dejarlo atrás, no mirar tampoco a las bocas de los callejones laterales, más allá de los cuales estaba el campo. Tenía ganas de llegar a su casa, soltar la cartera y merendar un hoyo de pan y aceite escuchando la radio, la novela que daban todas las tardes a las siete. Por culpa de la lentitud de Bernardo se la perdía casi siempre. También le daba miedo ir por aquel barrio desolado de casas bajas y calles muy anchas con el suelo de tierra, más ahora, con aquellos cuentos de tísicos que contaba todo el mundo, y que él mismo repetía, agregando detalles que le daban más miedo aunque era consciente de que los estaba inventando. Por la mañana, cuando iba con Bernardo a la escuela, tan despacio que sus madres los levantaban antes que a los demás para asegurarse de que no llegaban tarde, había mujeres barriendo las puertas y charlando, llenando cántaros de agua en la fuente pública; pasaban rebaños de cabras y de vacas; salía ruido de los pequeños talleres; se oía el fragor de la fundición, con sus ruidos de cadenas, golpes de martillos, planchas metálicas



chocando. Por la noche no había casi nadie. El silencio se hacía más poderoso cuando se extinguían alejándose las voces de los centenares de niños que acababan de salir de la escuela. Esa vez Esteban tuvo más que nunca la seguridad de haber visto un coche de los tísicos.

—Mira, primo —dijo Bernardo, que se había quedado un poco atrás.

Estaba parado en la esquina de un callejón en el que no había ninguna puerta o ventana, solo un largo muro encalado que se disolvía al final en la negrura del campo. Y junto al muro había un coche, grande, con los faros encendidos, aunque el motor no estaba en marcha, con el interior iluminado, aunque no se veía a nadie.

—Venga —dijo Esteban—. Vámonos, que es tarde.

—Ayer también estaba ese coche en el mismo sitio.

—Pero si no hay nadie dentro.

—¿Y por qué tiene las luces encendidas?

—Se le habrá olvidado apagarlas al chófer.

—Vete tú, si no te atreves. Yo voy a acercarme.

Su madre y su padre y la madre de Bernardo le decían siempre lo mismo: no podía dejar solo a su primo. Porque tenía parálisis y no podía defenderse, él, Esteban, aunque unos meses más chico, era el encargado de acompañarlo y de protegerlo. Pero Esteban sabía que Bernardo, en el fondo, era más valiente que él, mucho menos temeroso ante los chicos mayores, de los que más de una vez lo había defendido, a pesar del parálisis. Haciendo molinillo con la pierna tiesa y la bota ortopédica había inventado una forma de dar tremendas patadas en el culo. Y su puntería con el tirachinas y en el juego de las canicas le conferían una autoridad inaccesible para Esteban, que los adultos no sospechaban. Eso por no hablar de su talento para hechizarlos a todos contando cosas que decía haber visto en películas o leído en libros o tebeos y que Esteban tenía la seguridad de que iba inventando mientras las relataba, tomando aire por la nariz y bajando la voz para que los demás se le acercaran más, con un brillo ligeramente sudoroso en el labio superior.

Ahora, en el callejón, era el primo Bernardo quien iba por delante, su figura torcida y desmembrada perfilándose entre los dos faros encendidos del coche. Esteban lo siguió con un esfuerzo de pundonor que le debilitaba las rodillas. ¿Y si veían cabezas cortadas, o bidones de sangre, o alguna de aquellas jeringas de practicante tan grandes como rodillos de amasar con las que los tísicos extraían la sangre? Era verdad que fue Bernardo quien se asomó. De modo que Esteban no tenía la seguridad de que fuera cierto lo que contó luego que había visto, lo que él no tuvo más remedio que decir que había visto también, un sombrero negro en el asiento de atrás, un mapa, un maletín: el sombrero negro que según Bernardo se ponían siempre los tísicos bien calado para que no se les vieran los ojos, uno de los mapas que usaban para encontrar las carreteras que los llevaban a los pueblos en los que robaban la sangre, el maletín donde guardaban su instrumental, un estuche alargado y brillante de lata como los que llevaban los practicantes.

Alguien se acercaba, doblando la misma esquina por la que habían venido ellos. «Primo,

espérame», dijo Bernardo. Respiraba fuerte por la nariz y se oía el ruido del aparato ortopédico. Pero le bastó cruzar al otro lado del callejón para que la luz del coche ya no los alcanzara. Oyeron pasos, una voz de hombre que decía algo, luego la puerta del coche que se abría. Esteban quería huir pero con Bernardo a la zaga era como cuando uno intenta correr y no puede en un sueño. También podía ser que el coche perteneciera a un médico que había visitado a un enfermo grave y con la prisa de llegar antes se había olvidado de apagar las luces.

De pronto estaban perdidos. Esquinas en apariencia familiares desembocaban en plazoletas que ellos no conocían. Avanzaban hasta el final de una calle creyendo que iban en dirección a casa y se encontraban en el límite del campo. Con remordimiento se tomaron de la mano al oír en la calle silenciosa el motor de un coche que se les acercaba por detrás. Aunque hacía frío a los dos les sudaban las palmas, las anchas yemas de los dedos de Bernardo adheridas a la mano de su primo. Y ese ruido de los hierros siempre al lado de Esteban, los golpes de mazo de la bota ortopé-

dica. Si aparecía el coche de los tísicos no habría salvación para ninguno de los dos.

Bajaron una cuesta. Llegaron a un gran espacio abierto. El motor del coche se acercaba más pero ellos, tomados de la mano, apresuraban el paso sin volverse. En algún momento el ruido del motor dejó de oírse. Se veía muy al fondo un parpadeo de luces encendidas. Fue un ruido de agua subterráneo pero muy cercano, muy caudaloso, lo que les permitió de golpe saber con incredulidad dónde estaban: junto al terraplén del vertedero, donde desembocaba el colector al que los niños llamaban La Tragona, al final de la calle en la que vivían los dos, puerta con puerta, desde que tenían memoria, la Fuente de las Risas. Luego Bernardo contó muchas veces esa historia, con todos sus detalles escalofriantes que mejoraban en cada narración (en algún momento junto al sombrero negro, el maletín y el mapa hubo también la funda de cuero de una pistola), pero los dos omitieron siempre que se habían cogido de la mano.